

UNO

Pude conocer a la Neno Corvalán, mi madre, unos segundos antes de su muerte. La vi venir por detrás de la alameda que conducía al casco de La Alazana. Apuraba el paso como si quisiera recuperar un tiempo de amor que nunca dejó de ser entre nosotros. Pero la Neno no mira a los lados antes de cruzar. No reacciona al bocinazo que aturde a pocos metros del último paso. No se detiene para salvarse. Entonces estalla lo que ahora revuelve la escena. Espanta el impacto que trastoca la imagen: el carraspeo del caucho contra el ripio, su sonrisa, la camisa estampada y la mano en alto que desaparece. Apenas tuve tiempo de verla morir con los brazos abiertos y la falda alzada sobre el pecho; único testigo del episodio que habría de privarme de su testimonio de vida, el que me quitó la posibilidad de escuchar su voz y conocer los motivos que la forzaron a parirme en el sótano de una imprenta abandonada.

Ahora, a pocos metros del lugar donde debíamos reencontrarnos, la que en los años de plomo fuera la amante más perversa del coronel Díaz Galván, se elevaba sobre el techo de una F100 como si la liviandad de la materia fuese un elemento natural que pudiese conducirla a destino. Pero el vuelo no cobra suficiente altura, no tanto como para evitar que la antena de la camioneta le desgaje la camisa. De manera que la Neno, o la yegua coronela, como la bautizara el mismísimo Díaz Galván, abandonó el mundo sin pisar suelo patagónico, tal cual lo anunciara en la carta que me hiciera llegar al hospital.

Después de la embestida, el cuerpo de mi madre pareció detenerse en un punto neutro, donde la fuerza de gravedad y el tiempo dejan de intervenir para que los sentidos registren una visión alucinatoria. Una mujer levitando sobre el techo de una camioneta y a contraluz del borde nevado de una cordillera remota. Tres o cuatro veces rebotó la Neno contra el

camino. Revoltijo de fracturas y de peluca rubia abanicando el polvo. Sacudón de un rostro que alguna vez supo sonreír junto al mío, que se animó a susurrar canciones de cuna, a pasearme a media luz y dejarme en brazos de mi tía Ángela para luego huir sin explicación alguna. Así la paradoja de lo real. Así el gesto brutal de la muerte. Una mujer al aire en un ignoto paraje patagónico, llevándose en vuelo las respuestas que su hijo venía a buscar. Un hijo que nunca lo fue desde el amor presencial, que nunca heredó más que su forzada concepción y abandono, y que ahora, por una trágica ironía, lograba hallarla un respiro antes de la muerte.

Después de atropellarla, la camioneta derrapó y se detuvo a varios metros de distancia. A primera vista fue imposible distinguir al conductor, quien se preocupó más por quitar el trozo de tela de la antena que por socorrer a mi madre. El hombre dudaba entre auxiliar a esa anciana salida de la nada o escapar. Por eso fui hacia él con intención de retenerlo. Pero a medida que me acercaba el hombre retrocedía. Finalmente gritó algo parecido a venganza o cobranza. Montó en la F100 y continuó su camino. Mi primera reacción fue volver al Renault para darle alcance. Pero no tenía caso, la camioneta ya se perdía por la pendiente que daba al río.

Alto San Agustín se hallaba a menos de una hora de marcha regular. Recién allí podría dar parte a la policía. Y si fuese necesario, alertar a los puestos camineros para que dieran con el vehículo. Una F100 destartada y abollada por el frente no sería difícil de localizar. Lo que importaba era establecer prioridades, y la salvación de mi madre lo era.

Quizás la rutina hospitalaria fue lo que me insensibilizó respecto de la experiencia de la muerte. Tal vez porque la mayoría de las personas que asistí en quirófano ingresaban bajo el efecto de calmantes o ya anestesiadas. Además, y más aún a razón de lo ocurrido con aquella niña, en las consultas previas procuraba no indagar más allá de lo protocolar. En el Hospital de la Cruz no existía el trato previo con los pacientes, excepto el

cuestionario de forma y las frases de cortesía para atenuar el estrés preoperatorio. Heridos de bala, de arma blanca, o mutilados por accidentes ferroviarios eran algunas de las urgencias que se atendían en los hospitales del conurbano bonaerense. De manera que el anonimato pasaba a ser un atenuante para que la conmiseración y la culpa fueran aplacándose con el paso del tiempo. Desde luego que no era indiferente ante la pérdida de una vida, pero podía resistir a los efectos que pudiesen quebrar mi ánimo.

Sería absurdo negar que la muerte de mi pequeña paciente, Anita, junto con el abandono de Marcela, fue determinante para alcanzar un grado de insensibilidad que hasta hoy me degrada.

Siempre pasa algo que te hace caer a tierra, aseguraba Longoni, el jefe de quirófano. Si no cómo hacés para soportar el plus negativo que viene con este paquete. Generalmente, Mauro, y creeme que lo lamento por vos, el cachetazo viene con la muerte de una criatura o de una mujer que te hace acordar a tu vieja o a tu hija. Qué se yo. A lo mejor esa noche dormiste mal, discutiste con tu pareja, te dolía la cabeza...Andá a saber. Y abriste donde no debías. Sutureste para el culo. Y la Parca te pasa la factura con quien tenés a mano en ese momento. Siempre está ahí, esperando una distracción para joderte. Hasta en las intervenciones más simples aparece para meter el dedo en la llaga. Por eso yo trato de no relacionarme con los pacientes. Haceme caso. No te enganches con la gente que tenés entre manos. Trabajá a reglamento. Hací lo tuyo, y punto. Convencete de que son carne de quirófano, y chau.

Marcela tenía una forma dominante de besar y de mirar que la volvían casi temible. “Hembra penetrante y especuladora”, decía el zurdo Leo, un amigo cuyo talento se depreciaba entre la intuición y la liviandad con que juzgaba a las mujeres. A Leo le bastaba intercambiar algunas palabras con una persona para obtener un perfil promedio y

anticipar la suerte de la relación por venir. Y, a decir verdad, era sorprendente el acierto que deparaban sus diagnósticos; performance que deseché cuando pronosticó mi futuro con quien sería el amor más intenso que hubiese conocido hasta entonces. Es que la boca de Marcela iba en ataque junto con el perfume de su piel. Sucede que hay mujeres que conquistan por la simpatía o por el caudal simulado de una inteligencia felina, o por la forma hábil de seducir con la palabra. O simplemente por la vibración que transmite cuando dos manos se rozan. Ella se apoderó de mí desde el primer beso. A partir de allí, todo mi mundo fue construyéndose en torno al deseo y al temor de que algún día me abandonara. Dejé de lado el orgullo, los temores infundados y me entregué a su dominio. Con placer renuncié al tiempo libre que me quedaba en la semana para acumular ingresos extras. Además del consultorio que compartía con un compañero de hospital, tomé todas las guardias posibles para sostener económicamente el nivel de vida que ella requería. Nos veíamos poco porque no coincidían nuestros horarios de descanso. Marcela era traductora y coordinadora de prensa en una editorial española, la que se había fusionado con un sello estadounidense. Ello le permitía repartir su carga laboral entre la oficina, las entrevistas externas y el departamento. Vale decir que de alguna manera manejaba su propio horario. Sin embargo, nos esforzábamos para que domingos y feriados resultasen mágicos, plenos de pasión y ansiedad por compartir cada minuto del día. Hasta sobrecargamos fines de semana para acumular francos y emprender alguna escapada a la playa o a las sierras de Córdoba. Pero incluso la pasión puede pecar de distraída y cavar una fisura donde la monotonía acaba por hacer estragos.